

días con el anónimo, por haberlo seguido hasta aquí en cosa tan ajena del asunto principal, y en la que probablemente se extendió tan sólo por hacer alarde de doctrina y manifestar que estaba al nivel de las luces de su siglo.

Por esta razón, dejando escrito lo que está escrito, por no perder nuestro trabajo, omitiremos lo demás para volver de



Así como un vasto y tempestuoso torbellino.

nuevo á tomar el hilo de nuestra historia, tanto más, cuanto hay que pasar buen trecho ántes de encontrar á alguno de nuestros personajes, y uno más largo todavía ántes de dar con aquellos por los cuales se interesan más nuestros lectores, si es que hay algo en todo esto que llegue á interesarles.

Hasta el otoño del siguiente año de 1629 quedaron todos,

quién de grado, quién por fuerza, en la misma posición poco más ó ménos en que los dejamos, sin que á los unos les sucediera, y sin que pudieran los otros hacer cosa alguna digna de referirse. Llegó el otoño en que Ines y Lucía contaban con reunirse; pero un grande acontecimiento público desbarató su proyecto, y este fué ciertamente uno de sus más pequeños efectos. Siguiéron luego otros sucesos de consideración que no causaron ninguna mudanza notable en la suerte de nuestros personajes. Alcanzaronlos por fin nuevos casos más generales, más violentos y más extremados, acometiendo hasta los más ínfimos, según la escala del mundo, así como un vasto y tempestuoso torbellino, arrancando árboles, descomponiendo techos, derribando chapiteles y dispersando escombros, levanta también las ligeras aristas escondidas entre la hierba, busca las hojas secas en los rincones donde las había aglomerado un viento ménos fuerte y las lleva envueltas en sus remolinos.

Ahora, para que los hechos privados de que tenemos que dar cuenta sean más claros, nos es indispensable anticipar uno de aquellos acontecimientos públicos indicados, retrocediendo algo más arriba.

CAPÍTULO XXVIII

Después de la sedición del día de San Martín y siguiente, parecía que como por encanto había vuelto á Milan la abundancia. Las panaderías bien provistas, el pan á mejor precio que en los años más fértiles, y á proporcion las harinas. Los que en aquellos días se dieron á gritar, ó hacer algo más, tenían ahora (á excepción de los pocos que fueron á parar á la cárcel) motivos de envanecerse; y no hay que pensar que parasen allí pasado aquel primer susto de las prisiones. En las plazas, en las esquinas, en las tabernas, se congratulaban.

recíprocamente por haber encontrado el modo de abaratar el pan; sin embargo, en medio del júbilo y la jactancia, se entremetía, como era natural, cierta inquietud por el presentimiento de que no durase mucho semejante cucaña. Sitiaban á los panaderos y los hornos, como lo habían hecho en aquella facticia y efímera abundancia dimanada de la postura establecida por el gran canciller Ferrer. Los que tenían algún dinero lo empleaban en pan y en harinas, convirtiendo en almacenes las arcas, los barriles y hasta los cubos. De esta manera, luchando á porfía para gozar de la ventaja presente, hacían, no diré imposible su larga duración, que ya por sí misma lo era, sino también más difícil su momentánea continuación. En efecto, el día 15 de Noviembre publicó D. Antonio Ferrer, de *orden de Su Excelencia*, un edicto por el cual, á los que tuviesen granos ó harinas en su casa, se les prohibía comprar ninguna de las dos especies, y á todos en general comprar más pan del que necesitaban para dos días, *bajo penas pecuniarias y corporales al arbitrio de Su Excelencia*, con intimación á los ancianos (especie de celadores de policía) y encargo á todos para que denunciasen á los transgresores, y orden á los jueces para registrar las casas que se les denunciasen, mandando al mismo tiempo á los panaderos que tuviesen bien provistas las tiendas, *bajo pena de cinco años de galeras, ó mayor, al arbitrio de Su Excelencia*. Brillante imaginación debe tener por cierto el que sea capaz de figurarse que semejante edicto pudiera llevarse á debida observancia, y en verdad que si se hubiesen cumplido todos los que en aquel tiempo se expedían conminando con galeras, hubiera tenido el ducado de Milan más gente en la mar que la que puede tener ahora la gran Bretaña.

De todos modos, mandando á los panaderos que amasasen tanto pan, era preciso también dar órdenes para que no faltase la materia de que hacerlo. Como en los tiempos de carestía se acude casi siempre al recurso de hacer pan con sustancias alimenticias que se consumen bajo otra forma, se adoptó en esta ocasión el medio de hacer entrar el arroz en

la fabricación del pan, llamado de mezcla. Con esto el 23 de Noviembre salió un edicto para que quedase á disposición del Director de provisiones y de los doce comisarios la mitad del arroz sin limpiar que cada uno tuviese en su casa, *bajo la pena*, contra cualquiera que dispusiese de él sin licencia de dichos señores, *de la pérdida del género y de una multa* de tres escudos por fanega.

Pero este arroz era necesario pagarlo, y á un precio muy desproporcionado con respecto al pan. El cargo de suplir á esta desproporción se impuso á la ciudad; mas el Ayuutamiento, el mismo día 23 de Noviembre, acordó hacer presente al Gobernador general la imposibilidad de soportar semejante carga, y el Gobernador expidió el 7 de Diciembre otro edicto en que, fijando el precio del arroz en doce libras la fanega, imponía, tanto al que diese mayor cantidad como al que se negase á venderlo, la pena *de la pérdida del género, y una multa del doble de su valor, y mayor pena pecuniaria y también temporal, hasta la de galeras al arbitrio de Su Excelencia, según la gravedad del caso y la clase de las personas*.

Al arroz limpio ya se le había fijado precio ántes del alboroto, así como probablemente se habría puesto tasa, ó para usar la denominación célebre en los anales modernos, el *máximun* al trigo y otros granos más comunes por medio de edictos que no hemos encontrado.

De mantener de esta manera el pan barato en Milan resultaba la consecuencia de que acudiese multitud de gentes de fuera á comprarle para surtir sus casas. Á fin de obviar D. Gonzalo á este que él llamó inconveniente, mandó con fecha del 15 de Diciembre publicar otro edicto, prohibiendo que se extrajese de la ciudad más pan que el del valor de veinte sueldos, pena de la *pérdida del pan, veinticinco escudos de multa, y en caso de no poder pagar, dos ratos de cuerda en público, y aun mayor pena* (como siempre) *al arbitrio de Su Excelencia*. El 22 del mismo mes (no sabemos por qué tan tarde) se expidió otra orden igual respecto de la harina y de los granos.

La muchedumbre quiso traer la abundancia con el saqueo y los incendios, y el poder legal queria mantenerla con las galeras y la cuerda: los medios eran muy conformes entre sí; pero sobre su aptitud para producir el efecto deseado, el lector formará su juicio; y si no, lo verá dentro de poco. Tambien es fácil ver, y no inútil observar, que entre tantas absurdas providencias habia una conexion necesaria: cada una era consecuencia inevitable de su antecedente, y todas de la primera; á saber, de la que fijaba pan á un precio tan distante el que hubiera resultado del estado real de las cosas.

Al vulgo ignorante una providencia de esta naturaleza ha parecido siempre, y debe parecer, equitativa, sencilla y de fácil ejecucion, y de aquí resulta que en los apuros de las carestías la desea, la implora, y si puede, la impone luego á medida que se van manifestando las consecuencias, las personas á quienes corresponde se ven precisadas á acudir al remedio de cada una de ellas con leyes que prohiban á los hombres hacer aquello á que los excitan los antecedentes. Permitasenos observar aquí de paso una coincidencia particular. En un país, y en época no distante de nosotros, y en una de las calamidades más notables de la historia moderna se dieron, en circunstancias iguales, iguales providencias, á pesar de la gran diferencia de los tiempos y de los conocimientos adquiridos en Europa, y con especialidad en aquel mismo país; y esto sucedió principalmente porque la masa popular, á la que aun no habrian alcanzado semejantes conocimientos, consiguió á la larga que prevaleciesen sus principios, y empujó, como se suele decir, la mano de los que hacian la ley.

Volviendo ahora á nuestro asunto, dos fueron, al ajustar la cuenta, los frutos principales del tumulto, á saber: desperdicio y pérdida efectiva de viveres en el mismo tumulto, consumo excesivo, y de bulliciosa alegría mientras duró la tasa, y desfalco de aquella triste masa de granos que debia bastar hasta la nueva cosecha. Á estos efectos generales hay

que añadir el suplicio de cuatro aldeanos ahorcados como cabezas del tumulto, dos delante del horno grande, y dos á la entrada de la calle donde vivia el Director de provisiones.

Por otra parte, son tan inexactas las noticias históricas de aquellos tiempos, que no hemos podido averiguar cómo ni cuándo cesó aquella violenta tasa. Si, á falta de noticias positivas, nos es permitido proponer conjeturas, nos inclinamos á creer que se revocó poco ántes ó poco despues del 24 de Diciembre, que fué el dia del citado suplicio. Por lo que toca á los edictos, despues del 22, de que hemos hecho mencion, no hemos encontrado otro alguno relativo á viveres, ya porque hayan perecido, ya porque se hayan ocultado á nuestras investigaciones, ó ya porque la autoridad, desalentada, cuando no convencida, de la ineficacia de sus providencias, y abrumada con el peso de las cosas, las abandonase á su curso natural. Hallamos, sin embargo, en las relaciones de varios historiadores, inclinados entónces más bien á escribir grandes acontecimientos que á indicar sus causas y consecuencias, la pintura del país y de la ciudad, principalmente á fines del invierno y en toda la primavera, cuando la causa del mal obraba en toda su fuerza.

Esta causa, que era la carestía, dimanaba de la desproporcion entre los viveres y las necesidades; desproporcion que, léjos de disminuir, aumentaron los mismos remedios que efimeramente suspendieron sus efectos, y que tampoco se consiguió evitar con la introduccion de granos extranjeros, la que entorpecian la insuficiencia de los medios públicos y privados, la penuria que tambien se experimentaba en los países inmediatos, la lentitud, la escasez, las trabas del comercio y las mismas leyes dirigidas á facilitar y mantener una baratura violenta. Hé aquí aquella dolorosa pintura.

Á cada paso tiendas cerradas y la mayor parte de las fábricas abandonadas. Presentaban las calles un espectáculo indecible, una serie continuada de miserias y una morada

permanente de dolores. Los mendigos de antigua profesion, siendo ahora el menor número, se hallaban confundidos entre una nueva muchedumbre, y reducidos á disputar la limosna con aquellos de que quizá en otro tiempo la recibieron. Mancebos de tiendas y trabajadores despedidos de sus principales, que, disminuidas ó nulas las ganancias diarias, vivian trabajosamente del resto de su caudal; tenderos, y aun comerciantes quebrados y arruinados de resultas de la cesacion de los negocios; operarios y artesanos de todas manufacturas y artes, desde la más comun á la de más lujo, vagando de puerta en puerta, de calle en calle, ó apoyados á las esquinas, ó echados en las aceras de las casas é iglesias, mendigando lamentablemente una limosna; otros, paralizados entre su necesidad y una vergüenza aun no vencida, se presentaban pálidos y extenuados por el ayuno y el frio, y cubiertos con escasas ropas ó vestidos viejos y raídos, entre los cuales se notaban aun las señales de una antigua medianía; así como en la holgazanería y el envilecimiento se descubrian ciertos hábitos de impudente abandono. Confundidos entre la deplorable turba iban criados despedidos de sus amos, caídos desde la medianía á la estrechez, ó de grandes y ricos señores imposibilitados en aquel año de mantener la acostumbrada pompa de servidumbre, y para cada uno de estos mendigos otros varios acostumbrados á vivir del trabajo de aquellos, como hijos, mujeres, padres ancianos cercando á sus sostenedores ó dispersados en otras partes, pedir con lágrimas una limosna.

Veíanse tambien, y se distinguian por los tufos desgrenados, sus vestidos lujosos hechos jirones y la ferocidad de los antiguos hábitos estampada en el rostro, muchos de aquella chusma de bravos, que, perdido por las circunstancias el pan de sus iniquidades, le iban pidiendo ahora por compasion y misericordia. Abatidos por el hambre, sin más rencillas que para hacer sobresalir sus lamentos, ni otro apoyo que su sola persona, andaban arrastrando por aquella ciudad que pasearon en otro tiempo con la cerviz

erguida, ricamente vestidos y cubiertos de armas, y alargaban aquellas manos que tantas veces levantaron con insolencia para amenazar ó para herir.

Pero la turba mayor, más miserable, más macilenta y de más bullicio, era la de los lugareños, que de todas partes acudian, ya solos, ya en parejas, ya en bandadas de familias enteras, de maridos y mujeres con niños en los brazos ó á las espaldas, muchachos de la mano, y viejos detras. Muchos, invadidas y saqueadas sus casas por la soldadesca, habian huído desesperados, y entre ellos, algunos para excitar más la compasion y dar más peso á su miseria, manifestaban las contusiones y cardenales de los golpes que recibieron defendiendo los últimos restos de su pobreza, ó huyendo de una desenfrenada y ciega brutalidad. Otros que no habian sufrido semejante azote, pero echados por las dos calamidades de que nadie habia podido escaparse, la carestía y los impuestos, más exorbitantes que nunca, para acudir á lo que se llamaba urgencias de la guerra, habian venido y venian á la ciudad como antiguo asiento y último asilo de riqueza y de pia munificencia. Era fácil distinguir los que se presentaban de nuevo, más que por su andar incierto, por la indignacion que manifestaban en sus rostros al ver tanta concurrencia de mendigos, y tanta rivalidad de miseria, allí donde creyeron ser ellos los únicos objetos de compasion y atraerse solos la atencion y los socorros. Los otros que habia más ó ménos tiempo que arrastraban su miserable vida por la ciudad, sosteniéndose con limosnas adquiridas al acaso en tanta desigualdad entre los auxilios y las necesidades, llevaban impresa en el semblante una consternacion más profunda. Distinguíanse todos en aquella espantosa confusion no ménos por su aspecto que por sus trajes; diremos mejor, por los inmundos trapos con que cubrian sus carnes. Los rostros pálidos de los habitantes del país bajo, los de color de bronce de los que ocupaban el llano del medio, y los sanguíneos de los serranos, todos estaban descarnados y consuntos, los ojos hundidos, el mirar entre torvo y estúpido, el pelo des-

greñado, y las barbas largas y horribles. Unos cuerpos endurecidos por el trabajo, veíanse ahora extenuados, con la piel arrugada en los tostados brazos, en las piernas y en los huesudos pechos, mal cubiertos con los descompuestos andrajos. Si tan doloroso era el aspecto que presentaba el vigor abatido, ¿qué sería en el sexo y en la edad más débil, una naturaleza ménos fuerte y más dispuesta á la languidez y á la decadencia?

En las encrucijadas y las aceras, debajo de los aleros se ofrecían á la vista de trecho en trecho montones de paja y rastros apisonados y fétidos, y aun estos asquerosos desperdicios eran dádivas que la caridad ofrecía á varios de aquellos desgraciados, para que hallasen donde posar la cabeza por la noche. Veíanse también de día yacer ó echarse allí muchos que, extenuados por el cansancio ó la necesidad, no podían ya sostenerse. No pocas veces se encontraba en semejantes muldadas algun cadáver, y no era raro ver de repente caer al suelo algun extenuado y quedar muerto sobre las duras piedras.

Presentábanse de cuando en cuando auxilios ordenados con más prevision, y distribuidos por mano rica y ejercitada en hacer beneficios en grande, y esta era la mano del buen Federico. Para el efecto habia escogido seis eclesiásticos, en quienes competía, con una ardiente caridad, una complexion robusta. Divididos en parejas, habia señalado á cada una la tercera parte de la ciudad para que la recorriesen con varios mozos cargados de alimentos, de bebidas y ropas. Todas las mañanas salían las tres parejas para diversos puntos: se acercaban á los que veían caídos, y daban á cada uno el correspondiente socorro. Á los que hallaban agonizando é incapaces de admitir alimento, les administraban los últimos auxilios y los consuelos de la religion. Distribuían á los que podían hallar remedio en los alimentos, sopa, pan, vino y huevos, y á los extenuados socorrian con sustancias y vinos generosos, reanimándolos ántes, si era necesario, con vinagre y cordiales, distribuyendo al mismo tiempo vestidos á los más andrajosos.

No acababa aquí su asistencia. Siendo el ánimo del buen pastor que hasta donde pudiese llegar aquella sirviese de un alivio eficaz y no momentáneo, los pobres á quienes el primer auxilio habia restituido suficientes fuerzas para sostenerse y caminar, recibían de los mismos eclesiásticos algun dinero, á fin de que la necesidad reiterada y la falta de otro auxilio no los redujese al anterior estado: proporcionaban á los otros asilo y manutencion en algunas de las casas más inmediatas; si alguna habia de personas acomodadas, se les concedía la hospitalidad por recomendacion del Cardenal, y en otras en que á la buena voluntad faltaban los medios, aquellos eclesiásticos pedían que los recibiesen de huéspedes, para lo cual, ajustado el precio, pagaban desde luego una parte á cuenta. De los hospedados en semejantes términos daban despues noticia á los párrocos para que los asistiesen, y volvían ellos mismos á visitarlos.

No es necesario decir que el Cardenal no limitaba sus cuidados á los casos de tan extrema situacion, ni la habia aguardado para tomar providencias. Su viva caridad hubo de sentirlo todo, ocuparse en todo, y acudir á lo que no pudo prever, tomando, digámoslo así, tantas formas cuantas eran las diversas necesidades. En efecto, reuniendo todos sus medios, aumentando sus privaciones, echando mano de los ahorros destinados á otras liberalidades, que en aquella ocasion no podían dejar de ser secundarias, buscó todos los arbitrios posibles de juntar dinero para emplearlo en alivio de tan general penuria.

Hizo crecidas compras de granos, de que envió gran parte á varios puntos de su diócesis, y como el socorro era inferior á la necesidad, envió también cantidad de sal, para que, segun refiere R. pamonti, la hierba del prado y la corteza de los árboles se convirtiesen en alimento humano. Granos y dineros repartió igualmente á los párrocos de la ciudad que él mismo recorria por cuarteles dando limosnas. Socorria de oculto á muchas familias vergonzantes, y en el palacio arzobispal se cocía diariamente gran cantidad arroz, de que,

segun el médico Alejandro Tadino, en una relacion que tendremos ocasion de citar algunas veces, se distribuian dos mil raciones todas las mañanas.

Pero estos rasgos de caridad, que podemos llamar grandiosos, si se considera que eran obra de un solo hombre, y producto únicamente de sus medios, pues el Cardenal se negó siempre á tomar á su cargo la distribucion de liberalidades ajenas, estos mismos rasgos, con otros donativos de diversas manos, que, aunque no tan cuantiosos, eran sin embargo en gran número, no bastaban á cubrir tantas necesidades, á pesar de reunírseles los subsidios extraordinarios que señaló el ayuntamiento, encargando su distribucion al tribunal ó junta de provisiones. Al paso que con los socorros del Cardenal se prolongaba la vida de algunos serranos y lugareños á punto de morir de hambre, otros llegaban al término extremo de la miseria. Apurados por los primeros aquellos calculados socorros, volvian á implorar otros. En muchas partes, no olvidadas y sólo pospuestas como ménos necesitadas, porque la caridad se veia en la dura precision de tener que elegir, llegaban las angustias á ser mortales, y miéntras en tres puntos de la ciudad eran socorridos y sacados de los brazos de la muerte los más inmediatos á sufrirla, en otras cien partes penaban otros, y aun perecian sin encontrar recurso ni refrigerio.

En todo el dia no se oia por las calles sino un murmullo confuso de súplicas y lamentos, y por las noches poblaba el aire un clamor continuado de quejas y gemidos, interrumpido de cuando en cuando por repentinas exclamaciones de dolor, y por lastimeras invocaciones, que terminaban en agudos gritos.

Es cosa digna de notarse que, en tanta calamidad, en tanta variedad de quejas, ni una tentativa, ni una palabra hubo de tumulto; sin embargo, entre los que morian y los que vivian de aquella manera, se hallaban muchos cuya educacion no habia sido de las que enseñan á padecer. Habíalos tambien á centenares de los alborotadores del dia de San

Martin. Ni es de creer que el ejemplo de los cuatro infelices que pagaron por todos fuese bastante á contenerlos. ¿Qué fuerza podia tener, no la presencia, sino la memoria de los suplicios, en los ánimos de una muchedumbre vagabunda y reunida, que se veia condenada á un suplicio lento y horroroso? Pero tales somos los hombres en general, que indignados y furiosos nos rebelamos contra los males leves, y nos sometemos sin chistar á los graves, tolerando, no resignados sino abatidos, lo que al principio llamábamos insupportable.

El vacío que cada dia dejaba la muerte en aquella deplorable



El vacío que cada dia dejaba la muerte.

trable turba, se llenaba con aumento al siguiente. Era una concurrencia incesante, primero de los pueblos inmediatos, luego del Ducado entero, despues de las ciudades del Estado, últimamente de otras várias. Entretanto, no dejaban tambien de salir cada dia de Milan muchos de sus antiguos moradores, unos para huir de la vista de tantas plagas, y otros porque, viendo que nuevos concurrentes iban á disputarles las limosnas, se aventuraban á hacer la última y desesperada prueba de ir á mendigar socorros á otra cualquiera parte en donde no fuese tan numerosa ni tan ejecutiva la concurrencia, ni la emulacion de pedir. Encontrábanse en el